

LA HOJA VOLANDERA

RESPONSABLE SERGIO MONTES GARCÍA

Correo electrónico sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx

NO. 188

EDUCAR PARA LEER Y LEER PARA EDUCAR

Pedro Salinas

1892-1951

*Pedro Salinas Serrano (nació en Madrid, España, el 27 de noviembre; murió en Boston, Estados Unidos, el 4 de diciembre) fue poeta, dramaturgo, novelista y crítico literario. Cursó las carreras de derecho y de filosofía y letras. Fundó la Universidad de Santander y enseñó literatura en las universidades de Sevilla, Cambridge, Boston y Puerto Rico, entre otras. Formó parte de la llamada Generación del 27, a la que pertenecieron también Rafael Alberti, Vicente Aleixandre y Dámaso Alonso. **La voz a ti debida** (1933) y **Razón de amor** (1936) recogen parte de su producción poética; en **Desnudo impecable** (1951) aparecen algunos de sus relatos; en **La literatura española del siglo XX** (1941) se hallan estudios sobre poetas españoles. El texto que aquí se reproduce forma parte de su libro **El defensor** (1948).*

La educación, conforme los que más entienden de estas cosas, es un hecho natural, una realidad que se impone al hombre, antes de que éste la convierta en un sistema reflexivo. Y ya que inevitable, parece conveniente que sea lo mejor que pueda. La solución del gran drama de la lectura está, para mí, en la enseñanza de la lectura. En la formación del lector.

¿Por quién, y desde cuando? Por la escuela y desde que entra en contacto con las letras; en cuanto se empieza a enseñar las letras. Al precepto del dómine forzudo, “la letra con sangre entra”, sustitúyase el del pedagogo inteligente: “la letra con letra entra”. Porque si se repasan esos remedios que hemos venido examinando, saltará a la vista que todos convienen en su propósito de enseñar a leer a la gente. Pero ¿a quién? A los mayores, a las personas hechas y derechas, a los que ya saben leer. ¡Estupenda situación y asombroso embolismo! Sabios, letrados, profesores universitarios, almas filantrópicas, empeñándose en enseñar lo ya enseñado, lo primero que la escuela tiene obligación de enseñar: ¡el arte de la lectura! O estamos todos poseídos de mental desbarato al andar así por el mundo ofreciendo a diestro y siniestro lo que ya todos tienen, o estamos todos diciendo, al par que nos lo callamos, una verdad como un templo: en las escuelas ya no se enseña a leer. Y que luego, cuando esos párvulos salen de su parvulez y ya están bien crecidos y con los huesos duros, lo único que se nos ocurre es ofrecerles los tres o cuatro mejores libros del mes de los cien y pico mejores de todos los tiempos. O acaso brindarles un libro sobre cómo leer, donde, con las mejores intenciones del



Octubre 10 de 2004

Academia de Humanidades FES-Acatlán

mundo, se aspira a que un hombre de treinta años aprenda de memoria, en un par de vigiliadas, lo que sólo se puede aprender debidamente a fuerza de años de práctica y escolaridad, y en muchas veces y en muchos libros.

No hay más tratamiento serio y radical que la restauración del aprendizaje del bien leer en la escuela. El cual se logra, no por misteriosas y complicadas reglas técnicas, sino poniendo al escolar en contacto con los mejores profesores de lectura; los buenos libros. El maestro, en esto de la lectura, ha de ser fiel y convencido mediador entre el estudiante y el texto. Porque todo escrito lleva su secreto consigo, dentro de él, y no andando por las ramas. Se aprende a leer leyendo buenas lecturas, inteligentemente dirigido en ellas, avanzando gradualmente por la difícil escala. Y al final de ella se alcanza a la posesión de una inteligencia formada, de un gusto propio, de una conciencia de lector, personal y libre, que es el único órgano adecuado de selección atinada, en el mundo de los libros, y en el otro. Estos dos problemas, artificialmente separados, el qué se lee, y cómo se lee, van siempre resueltos juntamente en una buena educación. Se leen los clásicos, para cada edad el suyo; los mejores libros, señalados no por Fulano o Mengano acorde con su capricho, sino por la tradición culta del mundo, con las variantes propias de cada país. Y se leen delicadamente aclarados,

diariamente vividos, en la clase, año tras año, de suerte que el cómo leer se aprende sin saber cómo, al igual que el andar o el respirar, por natural ejercicio de la función. No de otro modo aprendieron a leer los grandes lectores de la humanidad, los Bacon, los Erasmos, cuyos maestros de lectura no fueron, por cierto, manuales facilitones, que quieren enseñar todo a la carrera, de una sentada, sino en despaciosa lectura tras lenta lectura, en muchas sentadas, en toda la vida. Esta forma de enseñanza integral de leer podrá ser difícil, hoy, dado el bajo nivel a que han llevado los educadores de los educadores a tantos pobres maestros, pero a ella hay que aspirar, cueste lo que cueste, so pena de catástrofes que ya se anuncian. Un maestro de letras como el famoso profesor de Cambridge, Sir Arthur Quiller Couch expresó su fe en ella con palabras muy mejores que las mías: “Creo que el Humanismo debía ser no decorativo adorno adquirido ya tarde en el proceso de la educación, sino más bien una cualidad que puede y debe condicionar toda la enseñanza, desde la primera lección de cartilla; su sello hay que empezar a imprimirlo con la primera lección de la escuela primaria.”

Esa educación presidida por una cualidad es la que adiestrará al hombre a distinguir de cualidades: armamento el único para vencer al monstruo enemigo, al terrible espantajo de la confusión cuantitativa.

Fuente: Pedro Salinas “El defensor” en *Lecturas universitarias 5. Antología de textos de lengua y literatura*. México, UNAM, 1977. pp. 84-85.

A partir de este número se reciben comentarios, sugerencias y opiniones al nuevo correo electrónico de *La Hoja Volandera*:

sergiomontesgarcia@yahoo.com.mx

